

MARÍA ANTONIA ORTEGA



33
poemas

La música de la memoria

33 POEMAS

María Antonia Ortega

33 POEMAS



ARS  POETICA

María Antonia Ortega

33 POEMAS

La música de la memoria

colección

| BEATUS ILLE |

ARS  POETICA
boutique de poesía

33 poemas. *La música de la memoria*
María Antonia Ortega

Colección: BEATUS ILLE
Dirección editorial: ILIA GALÁN

Ilustración de cubierta:
Flor de cerezo

© 2017 María Antonia Ortega
© 2017 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
Mieres de Limanes, 17
33199 Siero - Asturias (ESPAÑA)
Tel. administración: (+34) 985 792 892
Tel. pedidos: (+34) 984 044 471
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: mayo, 2017

ISBN (edición impresa): 978-84-947115-5-8
ISBN (edición digital): 978-84-947115-6-5
Depósito Legal: AS 01239-2017

Impreso en España
Impreso por Ulzama

*Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

INTRODUCCIÓN

He seleccionado para la presente entrega treinta y tres poemas, entre publicados e inéditos, no por orden cronológico sino de intensidad; y he querido marcar con todo ello un itinerario diferente dentro de mi obra, como quien abre un nuevo paseo en un parque, poniendo en él algunos bancos para poder detenerse y sentarse a leer.

Se trata pues de un libro de libros, y la disposición de sus poemas obedece al diseño de la *Arquitectura de Jardín*.

Quisiera ofrecer al futuro lector estos poemas como hacía Isabel Vidal Rodríguez, la cual acompañó a mi familia desde que se casaron mis abuelos, cuando a finales del verano salía a hacer un ramo con las flores del jardín, suelta su larga cabellera blanca sobre la ropa de dormir; y se lo entregaba a un hermano de mi madre para que lo depositase en un panteón familiar.

El número treinta y tres es símbolo de amor universal, que es el redentor, el cual debe animar la vida y la obra del poeta.

MARÍA ANTONIA ORTEGA

Pues nadie puede permanecer en el Verano, río rumoroso, sino a un lado o al otro, elegir entre una de sus dos orillas cubiertas de sombra.

Pero es en el Otoño cuando el fruto de la tierra, el dorado racimo madura.

Mas muy pocos son los que pudieron alcanzar esta meta: tan sólo aquellos que supieron proteger con las manos sus ojos, con las manos ahuecadas como una corona de laurel consiguieron no ser cegados por el sol abrasador.

Y, sin embargo, aquel hombre, el primero que al muelle ha llegado esta tarde de lluvia, el ganador de una carrera que comenzó en la orilla, atleta sonámbulo frente a las gradas vacías de los largos pasillos solitarios en la casa del padre, acodado en la barandilla del Paseo Marítimo, sigue acordándose del Verano tan breve. Y sueña con un huerto casi azul, y con la playa centelleante al mediodía, otra corona que ciñe sus sienes en la sombra.

La melancolía del hombre es el Verano; pero no es durante el Verano cuando se cumplen las promesas hechas al hombre sino en el Otoño; pues el Otoño, cuando la naturaleza estalla en los colores de la sangre, es la fantasía del hombre.

¿Acaso no es más vivo el color de las hojas en noviembre que el fuego del Verano?

Pero el hombre, al que la dulce lluvia ha recogido, sigue soñando con el Verano tan breve, en un huerto muy ameno, en las aves. Y hace bien, pues de nada serviría su triunfo si no estuviese ceñido por la melancolía, la auténtica corona del hombre.

No se puede entender la gloria del hombre sin tanta melancolía.

De La Pobreza Dorada

Mi elegía es danzar y ungir mis cabellos con vino.

Esta noche derrocharé mi hacienda, yo, jugador obstinado que apuesta siempre por el mismo número.

Con qué podría compararse este mundo invadable, sino con un casino en que, bajo una luz tan roja como la del amanecer, la rueda de una noria y las aspas de un molino giran tan vertiginosamente como una ruleta, y junto a la dama escotada y el joven del bigotito está Dios que apuesta por el mismo número que yo.

Perderemos alegremente, si es preciso, hasta la camisa, pues todo nos lo hemos jugado esta noche a una sola carta, pero las estrellas siempre son malos naipes.

Nuestro caudal hemos dilapidado, seremos la vergüenza. Yo, cuando llegue sin nada a mi casa. Él, cuando venga sin nada al mundo.

Mi elegía es ungir mis cabellos con vino, y ver las cartas de Dios.

De El Espía de Dios

Los antiguos agricultores
construyeron sus viviendas
para ser enterrados debajo.

Pero mi huerto está demasiado cerca
del mar.

Es al que vienen las gaviotas,
y está abonado con yodo,
tan blanco.

Debajo de mi casa
sólo hay un árbol,
y debajo del árbol
está el Dios de mi juventud,
y más abajo todavía
una mujer que juega sola.

De El Emparrado

EL LOCO

Y tú que te habías educado entre nosotros más de una vez fuiste uno de los nuestros.

Jugabas con nuestro equipo, cuando el balón brillaba entre nuestros pies como un pequeño planeta que unas veces giraba alrededor de la tierra y otras alrededor del sol.

Nos escondíamos dentro del mismo armario, y creíamos oír cómo en la oscuridad animales salvajes saltaban de percha en percha.

Por qué te fuiste apartando.

Tan ocultas razones te alejaban que ni siquiera la curiosidad de un niño hubiera bastado para desvelar todos los misterios de tu vida.

Nos prohibían pasar cerca de ti. Y tu casa estaba edificada sobre el promontorio, y era tan distante como un palacio.

Probaban tus comidas, vigilaban tus visitas, cuando no tenías que sacrificar el amor por alguna siniestra razón de estado. Y decían que debía ir alguien siempre detrás de ti porque si no podías dejar el vaso al borde del precipicio.

Tú bien podrías haber sido un príncipe; pues en esto consistía tu peculiar rareza, en que alguien te había sentado en el trono de un país cuyo monarca no

tuviera otra cosa mejor que hacer que pasar todas las tardes con la mirada absorta apoyando sus brazos sobre los codos del sillón.

¡Oh loco mío, pues así te llaman todos! ¡Tu demencia te dio una condición más alta!

Digno rey sin cetro ni tierra, sin súbditos, ni siquiera con exilio, espera que venga tu consorte a sentarse junto a ti, coronada de frescas flores.

Y así pasará el tiempo: Unas veces como pueblo que da la espalda a su rey, y otras como rey que da la espalda a su reino.

De Descenso al Cielo